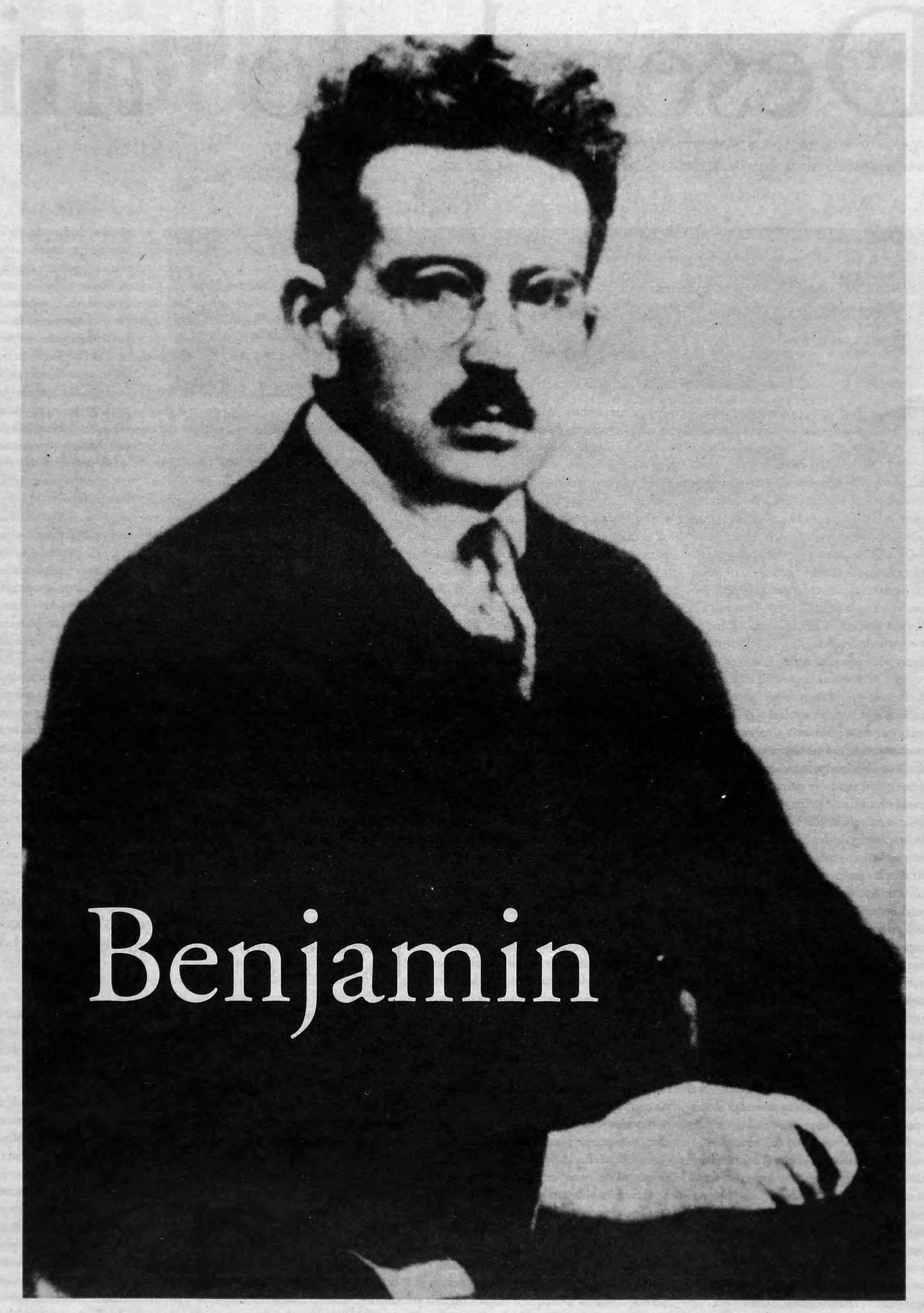
EL SIGLO EN LA MIRADA DE SUS PRINCIPALES PROTAGONISTAS



Benjamin

La prosa de Walter Benjamin, una de las personalidades más originales de la cultura alemana del período de entreguerras, no puede clasificarse bajo ningún rótulo conocido: comprende todos los géneros, desde el ensayo científico hasta el aforismo. Desde 1927 hasta 1940 Benjamin trabajó en un proyecto de alcance ambicioso: la historia crítica de la cultura del siglo XX. De ese proyecto quedaron únicamente terminadas etapas previas conocidas con el nombre de *Iluminaciones*. Su obra muestra un aspecto hermético, ligado a los profundos conocimientos de la Cábala y también de las importantes corrientes del misticismo judío, pero también una visión filosófica de la historia que lo acerca al marxismo, aunque se trate de un marxismo interpretado de manera paradójica y muy mezclado con la teología.

Nació en Berlín en 1892. En 1934, huyendo del nazismo, se instaló en París. Seis años después, durante el avance de las tropas alemanas, trató de alcanzar la frontera española, pero al llegar a ella se suicidó ingiriendo veneno ante la perspectiva de ser detenido, el 26 de setiembre de 1940. Su obra, breve y dispersa, marca el punto de largada de una corriente del pensamiento alemán, él siempre en primera posición, pero secundado por nombres como los de Herbert Marcuse, T. W. Adorno y Ernest Bloch.

POR WALTER BENJAMIN

Desembalo mi b

ENSAYO ARQUETÍPICO DEL PODERÍO DE BENJAMIN A LA HORA DE HABLAR DE SUS PASIONES; RARA MEZCLA DE CONFESIÓN Y TEORÍA, SU TEMA EXCEDE EL CAMPO ASIGNADO DESDE EL TÍTULO: CUALQUIER COLECCIONISTA DE CUALQUIER COSA ENCONTRARÁ EN SUS PALABRAS AQUELLO A LO QUE ASPIRA EL MÁS ALTO MODELO DE LITERATURA: LA IDENTIFICACIÓN.

Desembalo mi biblioteca. Sí. Todavía no está en los estantes, todavía no la envuelve el silencioso tedio del orden. Tampoco puedo pasearme a lo largo de sus hileras para pasarles revista a los libros en compañía de amables interlocutores. No necesitan ustedes temer nada de esto. Yo les solicito que se trasladen conmigo al desorden de los cajones desclavados, al aire henchido de polvillo de madera, al piso cubierto de papeles rasgados, bajo la pila de volúmenes devueltos a la luz del día después de dos años de oscuridad, para compartir desde un principio la atmósfera, para nada melancólica, sino más bien tensa, que evocan los libros en un verdadero coleccionista. Porque es justamente un coleccionista quien les habla y no les hablará a grandes rasgos más que de sí. ¿No sería arrogante que les enumerara las obras o las secciones más importantes de una biblioteca, haciendo alarde de una aparente objetividad e imparcialidad, o que les contara la historia de su origen, o les explicara su utilidad para el escritor? Yo por mi parte quiero dedicar las siguientes consideraciones a algo menos misterioso, más palpable; me importa mostrarles la relación que liga a un coleccionista con sus adquisiciones, brindarles más un panorama del arte de coleccionar que de una colección concreta. Es totalmente arbitrario que lo haga valiéndome de una reflexión sobre las distintas formas de adquirir libros. Esta decisión o cualquier otra es tan sólo una barrera de contención erigida contra la marea de recuerdos que invade a todo coleccionista cuando se ocupa de lo suyo. Porque toda pasión linda con el caos y la pasión de coleccionar limita con el caos de los recuerdos. Pero quiero aventurarme a decir aún más: el azar, el destino, que tiñen el pasado bajo mi mirada, están presentes al mismo tiempo en el entrevero habitual de estos libros. Porque, ¿qué otra cosa son estas posesiones que un desorden en el que la costumbre se instaló de tal forma que puede revestir la apariencia de un orden? Ya habrán oído hablar de gente que se enfermó al perder sus libros, de otros que se convirtieron en delincuentes para adquirirlos. Justamente en estos temas todo orden no es más que un estado de indefinición sobre el abismo. "El único conocimiento exacto que existe", decía Anatole France "es el conocimiento acerca del año de publicación y del formato de los libros". De hecho existe una contracara del desorden de una biblioteca, y ésta es la regularidad de su catálogo.

Es así como la existencia del coleccionista se encuentra en una tensión dialéctica entre dos polos: el orden y el desorden.

Lógicamente esta existencia depende también de muchas otras cosas; por ejemplo, de una relación muy enigmática con la propiedad a la que aludiremos brevemente más adelante. Luego depende también de una relación con los objetos que no destaca de ellos su valor funcional, es decir, su utilidad, su carácter práctico, sino que los estudia como escenario o teatro de su destino. El mayor hechizo del coleccionista consiste en encerrar lo individual en un ámbito en que queda petrificado mientras lo recorre todavía el último escalofrío, el escalofrío de la adquisición. Todo lo que es memoria, reflexión, conciencia, se convierte en basamento, marco, pedestal, sello de su posesión. La época, el lugar, la manufactura, los poseedores anteriores: todo esto se funde en cada una de las posesiones del auténtico coleccionista en una enciclopedia mágica, cuya síntesis consiste en el destino de su objeto. Es aquí entonces, en este restringido terreno, donde se puede entrever cómo los grandes fisonomistas –y los coleccionistas son fisonomistas del mundo de las cosas– se convierten en intérpretes del destino. Basta observar a un coleccionista manipulando los objetos de su biblioteca. Apenas los toma en sus manos parece mirar, inspirado, su pasado más remoto a través de ellos. Podría escribir mucho sobre el aspecto mágico del coleccionista, sobre su visión senil. *Habent sua fata libelli*, esto fue escrito tal vez como una sentencia general referida a "los libros". Los libros como *La divina comedia* o *La ética* de Spinoza o *El origen de las especies* tienen su destino. Pero el coleccionista interpreta este proverbio en latín de otra manera. Para él no son tanto los libros los que tienen su destino, sino los ejemplares. Y el destino más trascendente de todo ejemplar es, a su parecer, el encuentro con él, con su propia colección. No exagero: un verdadero coleccionista considera que la adquisición de un libro antiguo es su resurrección. Y es en esto donde reside lo infantil que, en el caso del coleccionista, se mezcla con lo senil. Porque los niños tienen la capacidad de renovar la existencia y eso es, para ellos, una práctica múltiple que manejan con desenvoltura. En los niños, el hecho de coleccionar sólo es "uno" de los procedimientos para renovar los objetos, también se los puede pintar, despegar y, así siguiendo, toda la escala de las formas en que los niños adquieren los objetos desde el mero tocarlos, ascendiendo, hasta ponerles nombre. Renovar el viejo mundo, ése es el impulso más profundo que anima el deseo del coleccionista de adquirir nuevos objetos y es por eso que el coleccionista de libros antiguos está más cerca del origen del arte de coleccionar que aquel cuyo interés se centra en las reediciones para bibliófilos. Diré ahora algunas palabras acerca de cómo los libros trasponen el umbral de una colección, cómo pasan a la propiedad de un coleccionista, en suma, acerca de la historia de su adquisición.

De todas las formas de adquirir libros se considera la más gloriosa el escribirlos uno mismo. Muchos de ustedes recordarán en este punto, divertidos, la gran biblioteca que armó con el tiempo Wuz, el modesto maestro de escuela de Jean Paul, escribiendo todas las obras cuyos títulos le interesaban en los catálogos, porque no podía comprarlas. En realidad, los escritores son personas que no escriben libros porque no puedan comprarlos sino por su insatisfacción ante los libros que podrían comprar y no les complacen. Ustedes, señoras y señores, considerarán que esto es una definición extravagante del escritor; pero todo lo que se diga desde el punto de vista del coleccionista auténtico es extravagante. De las formas corrientes de adquirir objetos, la más pertinente para el coleccionista sería el pedirlos prestados y no devolverlos. Quien pide libros en cantidad, como es el caso de quien tenemos a la vista, se revela como coleccionista empedernido no sólo por el fervor con que cuida el tesoro así acumulado, haciendo caso omiso de todas las intimaciones judiciales cotidianas, sino principalmente porque tampoco él lee los libros. Si ustedes quieren dar crédito a mi experiencia, hubo más casos en que alguien me devolvió un libro que le había prestado que casos en que lo leyó. ¿Y acaso –se preguntarán ustedes– es característico del coleccionista no leer libros? Eso sí que sería bueno. Sí. Los expertos podrán confirmarle que es lo más común y repito aquí solamente la respuesta que nuevamente Anatole France tenía preparada para el hombre trivial que al contemplar su biblioteca le formulaba la pregunta inevitable: "¿Y usted leyó todo eso, señor France?". "Ni la décima parte. ¿O usted tal vez come todos los días en su vajilla de Sèvres?"

Yo mismo he podido verificar lo justificado de semejante actitud adoptando la contraria. Durante años, por lo menos durante el primer tercio de su existencia, mi biblioteca estuvo compuesta por no más de dos a tres hileras de libros que sólo crecían unos pocos centímetros por año. Aquella fue su época espartana en la que no se podía incorporar a ella ningún libro cuyo sentido yo no hubiese descifrado, que no hubiese leído. De este modo probablemente no hubiera llegado nunca a poseer una cantidad de libros que mereciera llamarse biblioteca, a no ser por la inflación, que de pronto trastrocó la importancia de las cosas, convirtiendo los libros en valores concretos y volviéndolos también difíciles de conseguir. Así por lo menos sucedió en Suiza. Y fue ciertamente desde allí donde hice, a último momento, mi primer gran encargo de libros, pudiendo atesorar objetos tan insustituibles como el *Blauer Reiter* o la *Sage von Tanaquil*, de Bachofen, que en esa época todavía se conseguían en la editorial.

Pues ahora, opinarán ustedes, tendríamos que ir llegando finalmente después de tantos desvíos a la ancha avenida de la adquisición de libros que es la compra. Una ancha avenida, por cierto, pero nada apacible. La compra del coleccionista no se parece en nada a la que realizan en una librería el estudiante que adquiere un manual, o el hombre de mundo que quiere hacer un regalo a la mujer que corteja, o el viajante que quiere abreviar su próximo viaje en tren mediante la lectura. Mis compras más memorables las hice en algunos viajes, cuando estaba de paso. Las posesiones y los bienes se relacionan con lo estratégico. Los coleccionistas son personas dotadas de un instinto estratégico; en su experiencia, el más pequeño negocio de antigüedades puede resultar un fuerte, la librería más alejada puede ocupar una posición clave al conquistar una ciudad desconocida. ¡Cuántas ciudades se me revelaron en mis expediciones a la conquista de libros!

Por supuesto, sólo una parte de las compras importantes se realizan concurriendo al librero. Los catálogos cumplen una función mucho más importante. Por más que el comprador conozca perfectamente un libro que encarga por catálogo, el ejemplar será siempre una sorpresa y el encargo tendrá siempre algo de azaroso. Además de las decepciones dolorosas hay hallazgos afortunados. Así recuerdo haber encargado un día un libro con láminas en colores para mi vieja colección de libros infantiles solamente porque tenía cuentos de Albert Ludwig Grimm y su lugar de publicación era Grimma en Turingia. Pero el libro que provenía de Grimma era un libro de cuentos que este Albert Ludwig Grimm había editado y este ejemplar con sus 16 imágenes que yo había adquirido era el único testimonio conservado de los comienzos del gran ilustrador alemán Lyser que vivió en Hamburgo a mediados del siglo pasado. Por lo tanto, mi reacción al relacionar el sonido de los nombres había sido adecuada. En el ejemplar pedido descubrí además otros trabajos de Lyser, más precisamente una obra Linas Mährchenbuch, desconocida para todos los que prepararon el catálogo de sus obras y que merece una mención más detallada que esta primera que hago aquí.

> "No exagero: un verdadero coleccionista considera que la adquisición de un libro antiguo es su resurrección. Y es en esto donde reside lo infantil que, en el caso del coleccionista, se mezcla con lo senil."

La adquisición de libros no se limita simplemente a tener dinero suficiente o los conocimientos necesarios. Ni siquiera ambas cosas juntas son suficientes para formar una biblioteca verdadera que siempre tiene algo de impenetrable y, a la vez, de inconfundible. Quien compra por catálogo debe poseer además un olfato muy fino. Los años de publicación, los lugares, los formatos, los propietarios anteriores, la encuadernación, etc., todo esto debe ser significativo no sólo en su magra objetividad sino por el contrario, todas estas cosas deben consonar y el coleccionista tendrá que saber reconocer según la armonía y la intensidad del sonido si se trata de un libro que debiera pertenecerle o no.

Las subastas, en cambio, requieren del coleccionista habilidades totalmente distintas. Quien hace su pedido por catálogo deberá guiarse por la descripción del libro y, a lo sumo, por el nombre del anterior dueño, cuando se conoce la procedencia del ejemplar. Quien quiera participar de una subasta tiene que prestar atención tanto al libro como a los demás oferentes, mante-

POR WALTER BENJAMIN

Desembalo mi biblioteca

ENSAYO ARQUETÍPICO DEL PODERÍO DE BENJAMIN A LA HORA DE HABLAR DE SUS PASIONES; RARA MEZCLA DE CONFESIÓN Y TEORÍA, SU TEMA EXCEDE EL CAMPO ASIGNADO DESDE EL TÍTULO: CUALQUIER COLECCIONISTA DE CUALQUIER COSA ENCONTRARÁ EN SUS PALABRAS AQUELLO A LO QUE ASPIRA EL MÁS ALTO MODELO DE LITERATURA: LA IDENTIFICACIÓN.

Desembalo mi biblioteca. Sí. Todavía no está en los estantes, todavía no la envuelve el silencioso tedio del orden. Tampoco puedo pasearme a lo largo de sus hileras para pasarles revista a los libros en compañía de amables interlocutores. No necesitan ustedes temer nada de esto. Yo les solicito que se trasladen conmigo al desorden de los cajones desclavados, al aire henchido de polvillo de madera, al piso cubierto de papeles rasgados, bajo la pila de volúmenes devueltos a la luz del día después de dos años de oscuridad, para compartir desde un principio la atmósfera, para nada melancólica, sino más bien tensa, que evocan los libros en un verdadero coleccionista. Porque es justamente un coleccionista quien les habla y no les hablará a grandes rasgos más que de sí. ¿No sería arrogante que les enumerara las obras o las secciones más importantes de una biblioteca, haciendo alarde de una aparente objetividad e imparcialidad, o que les contara la historia de su origen, o les explicara su utilidad para el escritor? Yo por mi parte quiero dedicar las siguientes consideraciones a algo menos misterioso, más palpable; me importa mostrarles la relación que liga a un coleccionista con sus adquisiciones, brindarles más un panorama del arte de coleccionar que de una colección concreta. Es totalmente arbitrario que lo haga valiéndome de una reflexión sobre las distintas formas de adquirir libros. Esta decisión o cualquier otra es tan sólo una barrera de contención erigida contra la marea de recuerdos que invade a todo coleccionista cuando se ocupa de lo suyo. Porque toda pasión linda con el caos y la pasión de coleccionar limita con el caos de los recuerdos. Pero quiero aventurarme a decir aún más: el azar, el destino, que tiñen el pasado bajo mi mirada, están presentes al mismo tiempo en el entrevero habitual de estos libros. Porque, ¿qué otra cosa son estas posesiones que un desorden en el que la costumbre se instaló de tal forma que puede revestir la apariencia de un orden? Ya habrán oído hablar de gente que se enfermó al perder sus libros, de otros que se convirtieron en delincuentes para adquirirlos. Justamente en estos temas todo orden no es más que un estado de indefinición sobre el abismo. "El único conocimiento exacto que existe", decía Anatole France "es el conocimiento acerca del año de publicación y del formato de los libros". De hecho existe una contracara del desorden de una biblioteca, y ésta es la regularidad de su catálogo.

Es así como la existencia del coleccionista se encuentra en una tensión dialéctica entre dos polos: el orden y el desorden.

Lógicamente esta existencia depende también de muchas otras cosas; por ejemplo, de una relación muy enigmática con la propiedad a la que aludiremos brevemente más adelante. Luego depende también de una relación con los objetos que no destaca de ellos su valor funcional, es decir, su utilidad, su carácter práctico, sino que los estudia como escenario o teatro de su destino. El mayor hechizo del coleccionista consiste en encerrar lo individual en un ámbito en que queda petrificado mientras lo recorre todavía el último escalofrío, el escalofrío de la adquisición. Todo lo que es memoria, reflexión, conciencia, se convierte en basamento, marco, pedestal, sello de su posesión. La época, el lugar, la manufactura, los poseedores anteriores: todo esto se funde en cada una de las posesiones del auténtico coleccionista en una enciclopedia mágica, cuya síntesis consiste en el destino de su objeto. Es aquí entonces, en este restringido terreno, donde se puede entrever cómo los grandes fisonomistas –y los coleccionistas son fisonomistas del mundo de las cosas– se convierten en intérpretes del destino. Basta observar a un coleccionista manipulando los objetos de su biblioteca. Apenas los toma en sus manos parece mirar, inspirado, su pasado más remoto a través de ellos. Podría escribir mucho sobre el aspecto mágico del coleccionista, sobre su visión senil. *Habent sua fata libelli*, esto fue escrito tal vez como una sentencia general referida a "los libros". Los libros como *La divina comedia* o *La ética* de Spinoza o *El origen de las especies* tienen su destino. Pero el coleccionista interpreta este proverbio en latín de otra manera. Para él no son tanto los libros los que tienen su destino, sino los ejemplares. Y el destino más trascendente de todo ejemplar es, a su parecer, el encuentro con él, con su propia colección. No exagero: un verdadero coleccionista considera que la adquisición de un libro antiguo es su resurrección. Y es en esto donde reside lo infantil que, en el caso del coleccionista, se mezcla con lo senil. Porque los niños tienen la capacidad de renovar la existencia y eso es, para ellos, una práctica múltiple que manejan con desenvoltura. En los niños, el hecho de coleccionar sólo es "uno" de los procedimientos para renovar los objetos, también se los puede pintar, despegar y, así siguiendo, toda la escala de las formas en que los niños adquieren los objetos desde el mero tocarlos, ascendiendo, hasta ponerles nombre. Renovar el viejo mundo, ése es el impulso más profundo que anima el deseo del coleccionista de adquirir nuevos objetos y es por eso que el coleccionista de libros antiguos está más cerca del origen del arte de coleccionar que aquel cuyo interés se centra en las reediciones para bibliófilos. Diré ahora algunas palabras acerca de cómo los libros trasponen el umbral de una colección, cómo pasan a la propiedad de un coleccionista, en suma, acerca de la historia de su adquisición.

De todas las formas de adquirir libros se considera la más gloriosa el escribirlos uno mismo. Muchos de ustedes recordarán en este punto, divertidos, la gran biblioteca que armó con el tiempo Wuz, el modesto maestro de escuela de Jean Paul, escribiendo todas las obras cuyos títulos le interesaban en los catálogos, porque no podía comprarlas. En realidad, los escritores son personas que no escriben libros porque no puedan comprarlos sino por su insatisfacción ante los libros que podrían comprar y no les complacen. Ustedes, señoras y señores, considerarán que esto es una definición extravagante del escritor; pero todo lo que se diga desde el punto de vista del coleccionista auténtico es extravagante. De las formas corrientes de adquirir objetos, la más pertinente para el coleccionista sería el pedirlos prestados y no devolverlos. Quien pide libros en cantidad, como es el caso de quien tenemos a la vista, se revela como coleccionista empedernido no sólo por el fervor con que cuida el tesoro así acumulado, haciendo caso omiso de todas las intimaciones judiciales cotidianas, sino principalmente porque tampoco él lee los libros. Si ustedes quieren dar crédito a mi experiencia, hubo más casos en que alguien me devolvió un libro que le había prestado que casos en que lo leyó. ¿Y acaso –se preguntarán ustedes– es característico del coleccionista no leer libros? Eso sí que sería bueno. Sí. Los expertos podrán confirmarle que es lo más común y repito aquí solamente la respuesta que nuevamente Anatole France tenía preparada para el hombre trivial que al contemplar su biblioteca le formulaba la pregunta inevitable: "¿Y usted leyó todo eso, señor France?". "Ni la décima parte. ¿O usted tal vez come todos los días en su vajilla de Sèvres?"

Yo mismo he podido verificar lo justificado de semejante actitud adoptando la contraria. Durante años, por lo menos durante el primer tercio de su existencia, mi biblioteca estuvo compuesta por no más de dos a tres hileras de libros que sólo crecían unos pocos centímetros por año. Aquella fue su época espartana en la que no se podía incorporar a ella ningún libro cuyo sentido yo no hubiese descifrado, que no hubiese leído. De este modo probablemente no hubiera llegado nunca a poseer una cantidad de libros que mereciera llamarse biblioteca, a no ser por la inflación, que de pronto trastrocó la importancia de las cosas, convirtiendo los libros en valores concretos y volviéndolos también difíciles de conseguir. Así por lo menos sucedió en Suiza. Y fue ciertamente desde allí donde hice, a último momento, mi primer gran encargo de libros, pudiendo atesorar objetos tan insustituibles como el *Blauer Reiter* o la *Sage von Tanaquil*, de Bachofen, que en esa época todavía se conseguían en la editorial.

Pues ahora, opinarán ustedes, tendríamos que ir llegando finalmente después de tantos desvíos a la ancha avenida de la adquisición de libros que es la compra. Una ancha avenida, por cierto, pero nada apacible. La compra del coleccionista no se parece en nada a la que realizan en una librería el estudiante que adquiere un manual, o el hombre de mundo que quiere hacer un regalo a la mujer que corteja, o el viajante que quiere abreviar su próximo viaje en tren mediante la lectura. Mis compras más memorables las hice en algunos viajes, cuando estaba de paso. Las posesiones y los bienes se relacionan con lo estratégico. Los coleccionistas son personas dotadas de un instinto estratégico; en su experiencia, el más pequeño negocio de antigüedades puede resultar un fuerte, la librería más alejada puede ocupar una posición clave al conquistar una ciudad desconocida. ¡Cuántas ciudades se me revelaron en mis expediciones a la conquista de libros!

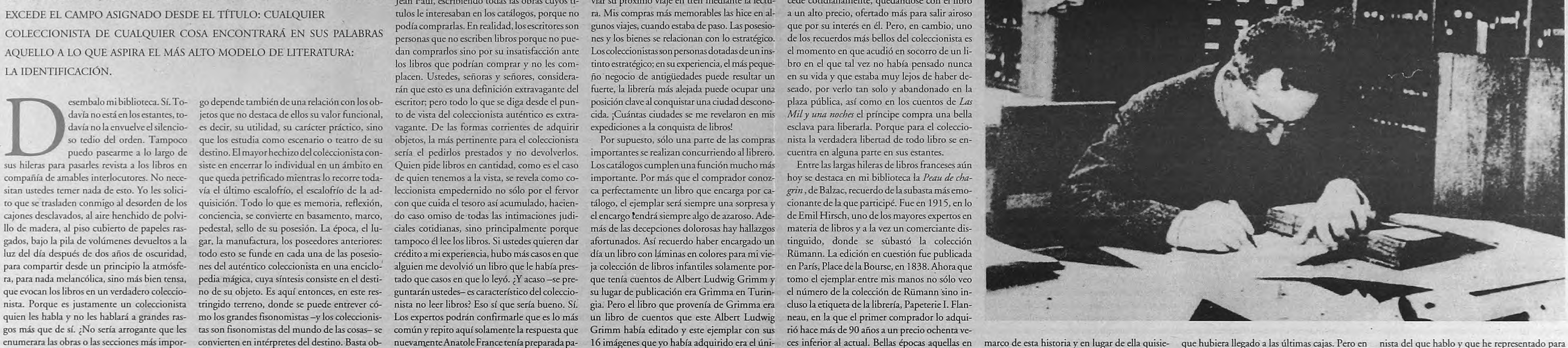
Por supuesto, sólo una parte de las compras importantes se realizan concurriendo al librero. Los catálogos cumplen una función mucho más importante. Por más que el comprador conozca perfectamente un libro que encarga por catálogo, el ejemplar será siempre una sorpresa y el encargo tendrá siempre algo de azaroso. Además de las decepciones dolorosas hay hallazgos afortunados. Así recuerdo haber encargado un día un libro con láminas en colores para mi vieja colección de libros infantiles solamente porque tenía cuentos de Albert Ludwig Grimm y su lugar de publicación era Grimma en Turingia. Pero el libro que provenía de Grimma era un libro de cuentos que este Albert Ludwig Grimm había editado y este ejemplar con sus 16 imágenes que yo había adquirido era el único testimonio conservado de los comienzos del gran ilustrador alemán Lyser que vivió en Hamburgo a mediados del siglo pasado. Por lo tanto, mi reacción al relacionar el sonido de los nombres había sido adecuada. En el ejemplar pedido descubrí además otros trabajos de Lyser, más precisamente una obra Linas Mährchenbuch, desconocida para todos los que prepararon el catálogo de sus obras y que merece una mención más detallada que esta primera que hago aquí.

> "No exagero: un verdadero coleccionista considera que la adquisición de un libro antiguo es su resurrección. Y es en esto donde reside lo infantil que, en el caso del coleccionista, se mezcla con lo senil."

La adquisición de libros no se limita simplemente a tener dinero suficiente o los conocimientos necesarios. Ni siquiera ambas cosas juntas son suficientes para formar una biblioteca verdadera que siempre tiene algo de impenetrable y, a la vez, de inconfundible. Quien compra por catálogo debe poseer además un olfato muy fino. Los años de publicación, los lugares, los formatos, los propietarios anteriores, la encuadernación, etc., todo esto debe ser significativo no sólo en su magra objetividad sino por el contrario, todas estas cosas deben consonar y el coleccionista tendrá que saber reconocer según la armonía y la intensidad del sonido si se trata de un libro que debiera pertenecerle o no.

Las subastas, en cambio, requieren del coleccionista habilidades totalmente distintas. Quien hace su pedido por catálogo deberá guiarse por la descripción del libro y, a lo sumo, por el nombre del anterior dueño, cuando se conoce la proveniencia del ejemplar. Quien quiera participar de una subasta tiene que prestar atención tanto al libro como a los demás oferentes, manteniendo además la sangre fría para no encarnizarse en la lucha por la competencia, como sucede cotidianamente, quedándose con el libro a un alto precio, ofertado más para salir airoso que por su interés en él. Pero, en cambio, uno de los recuerdos más bellos del coleccionista es el momento en que acudió en socorro de un libro en el que tal vez no había pensado nunca en su vida y que estaba muy lejos de haber deseado, por verlo tan solo y abandonado en la plaza pública, así como en los cuentos de *Las Mil y una noches* el príncipe compra una bella esclava para liberarla. Porque para el coleccionista la verdadera libertad de todo libro se encuentra en alguna parte en sus estantes.

Entre las largas hileras de libros franceses aún hoy se destaca en mi biblioteca la *Peau de chagrin*, de Balzac, recuerdo de la subasta más emocionante de la que participé. Fue en 1915, en lo de Emil Hirsch, uno de los mayores expertos en materia de libros y a la vez un comerciante distinguido, donde se subastó la colección Rümann. La edición en cuestión fue publicada en París, Place de la Bourse, en 1838. Ahora que tomo el ejemplar entre mis manos no sólo veo el número de la colección de Rümann sino incluso la etiqueta de la librería, Papeterie I. Flanneau, en la que el primer comprador lo adquirió hace más de 90 años a un precio ochenta veces inferior al actual. Bellas épocas aquellas en que una obra de arte de este tipo –y se trata de una obra de arte, ya que los grabados de este libro fueron diseñados por el mejor dibujante francés y realizados por los mejores grabadores– todavía podía adquirirse en una librería. Pero yo quería contar la historia de su adquisición. Había ido a lo de Emil Hirsch para la presentación, había examinado 40 o 50 volúmenes, pero al tomar éste entre mis manos sentí el deseo ferviente de no tener que desprenderme más de él. Llegó el día de la subasta. La casualidad quiso que en el orden de las ofertas antes de este ejemplar de *Peau de chagrin* se rematara la serie completa de sus ilustraciones en tirada especial de papel de china. Los oferentes estaban sentados a una larga mesa; en diagonal frente a mí se encontraba el hombre sobre quien se posaron todas las miradas cuando salieron a la venta estas ilustraciones: el afamado coleccionista de Munich, el barón de Simolin. Esta serie le interesaba especialmente, tenía competidores, en resumen, se llegó a una ardua lucha, cuyo resultado fue el precio más alto de toda la subasta, superando por lejos los 3000 marcos. Nadie parecía haber esperado un monto tan considerable, se produjo un movimiento de agitación entre los presentes. Emil Hirsch no le concedió importancia y, ya fuera para ganar tiempo, ya fuera por consideraciones de otra índole, pasó al próximo ejemplar en medio de una distracción general. Anunció su precio, yo ofrecí un precio algo superior mientras tenía el corazón en la boca y la clara conciencia de no poder competir con ninguno de los grandes coleccionistas allí presentes. Pero el subastador procedió a la adjudicación sin forzar la atención de la audiencia, pronunciando la fórmula habitual "¿nadie más?" y dando tres golpes de martillo, que me parecieron distanciados entre sí por una eternidad. El importe seguía siendo bastante elevado para mí, que era estudiante. Pero la mañana siguiente en la casa de empeños va más allá del marco de esta historia y en lugar de ella quisiera referirme a un acontecimiento que constituye, en mi opinión, el negativo de una subasta. Fue en un remate en Berlín, el año pasado. Se remataban una serie de libros muy dispares en cuanto a la calidad y tema, entre los cuales sólo llamaban la atención algunas obras ocultistas y de filosofía natural. Yo oferté por varios libros, pero cada vez que lo hacía notaba a un señor en las primeras hileras que parecía haber estado esperando mi oferta para hacer la suya hasta llegar a sumas increíbles. Después de que esta experiencia se hubiera repetido varias veces, renuncié a toda esperanza de adquirir el libro que más me interesaba ese día. Eran los *Fragmente aus dem Nachlasse eines jungen Physikers*, de Johann Wilhelm Ritter, publicado en 1810 en 2 tomos en Heidelberg. La obra nunca se reeditó, pero el prefacio, en el que el autor describe su propia vida como si se tratara del elogio fúnebre a su "amigo" anónimo supuestamente fallecido, me pareció desde siempre la obra en prosa de inspiración personal más importante del romanticismo alemán. En el momento en que anunciaron el número tuve una idea brillante. Como mi oferta haría caer indefectiblemente el ejemplar en manos del otro, sencillamente no debía presentar ninguna. Me obligué a permanecer mudo. Sucedió lo que había esperado: nadie se interesó por el libro, no hubo ofertas, el libro fue retirado. Me pareció oportuno dejar pasar unos días. De hecho, cuando aparecí una semana después, el libro estaba en la librería de libros usados y la falta de interés de la que había sido objeto me benefició en la compra.



Cuántas cosas surgen de la memoria una vez que uno se zambulló en la montaña de cajones para empezar a sacar los libros como de una mina a cielo abierto o, mejor dicho, de la noche cerrada. La forma más contundente de demostrar la fascinación de esta tarea de desembalar es la dificultad por abandonarla. Había comenzado a mediodía y llegó la medianoche antes de que hubiera llegado a las últimas cajas. Pero en este punto me cayeron a las manos dos volúmenes gastados de cartón que, en realidad, no deberían estar en un cajón de libros; dos álbumes de flores disecadas que mi madre había pegado de pequeña y que yo heredé. Ellos son el germen de una colección de libros infantiles que sigue creciendo hasta el día de hoy, aunque ya no en mi jardín. No existe ninguna biblioteca viva que no albergue en sí una cantidad de libros de campos adyacentes. No necesitan ser herbarios o álbumes familiares, manuscritos ni volúmenes de digestos o libros de oración: algunos guardan con ahínco panfletos o folletos, otros facsímiles de manuscritos o copias a máquina de libros inhallables y sin lugar a dudas los prismáticos bordes de una biblioteca pueden estar constituidos por revistas. Pero para volver a aquellos álbumes, la herencia es en realidad la forma más convincente de formar una colección. Porque la actitud del coleccionista frente a sus libros surge del sentimiento de responsabilidad que liga al propietario con su dominio, siendo, por lo tanto, en el más alto sentido, la actitud del heredero. Por eso, la característica más noble de una colección será siempre la posibilidad de transmitirse por herencia. Al decir esto sé perfectamente, y quiero que ustedes lo sepan, que este discurso acerca del mundo de valores de un coleccionista no hará más que fortalecer a muchos de ustedes en su convicción de que esta pasión es anacrónica y acentuar su desconfianza hacia el coleccionista. Y nada es más ajeno a mis propósitos que hacer tambalear esa convicción o recuperar su confianza. Pero cabría todavía observar lo siguiente: el fenómeno de la colección pierde su sentido cuando pierde su sujeto. Aun cuando las colecciones públicas sean menos chocantes en cuanto a su sentido social y más útiles para la ciencia, son las colecciones privadas las que hacen justicia a los objetos. Por lo demás, sé que está llegando el ocaso para el tipo de coleccionista del que hablo y que he representado para ustedes un tanto *ex officio*. Pero como dice Hegel: el búho de Minerva espera el crepúsculo para levantar vuelo. Sólo cuando se extingue comienza a comprenderse al coleccionista.

Ahora ya ha pasado la medianoche ante la última caja semivacía. Otros pensamientos se apoderan de mí. No son exactamente pensamientos sino imágenes, recuerdos. Recuerdos de las ciudades en las que descubrí tantas cosas: Riga, Nápoles, Munich, Danzig, Moscú, Florencia, Basilea, París, recuerdos de los fastuosos salones de la librería Rosenthal en Munich, de la torre Stockurm en Danzig, donde moraba el difunto Hans Rhaue, del sótano de libros con olor a moho de Sübengut, en Berlín N; recuerdos de los cuartos en los que estuvieron parados estos libros, de mi habitación de estudiante en Munich, de mi pieza en Berna, de la soledad de Iseltwald a orilla del lago de Brienz y finalmente de mi habitación de niño, de la que provienen tan sólo cuatro o cinco libros de los varios miles de volúmenes que comienzan a apilarse a mi alrededor. ¡Felicidad del coleccionista, felicidad del hombre privado! A nadie se investigó tan poco y nadie se sintió tan cómodo como él, que pudo seguir viviendo su existencia desacreditada tras la máscara de Spitzweg. Porque en su interior se radicaron espíritus y geniecillos que hacen que para el coleccionista, me refiero al verdadero, al coleccionista como debe serlo, la propiedad sea la relación más profunda que puede entablarse con los objetos: no es que los objetos despierten a la vida en él, por el contrario, es él mismo quien los habita. De esta forma he desplegado ante ustedes uno de estos caparazones cuyos ladrillos son los libros y ahora el coleccionista desaparece en él como corresponde.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *CUADROS DE UN PENSAMIENTO*, POR WALTER BENJAMIN. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDICIONES IMAGO MUNDI.

ibiblioteca

niendo además la sangre fría para no encarnizarse en la lucha por la competencia, como sucede cotidianamente, quedándose con el libro a un alto precio, ofertado más para salir airoso que por su interés en él. Pero, en cambio, uno de los recuerdos más bellos del coleccionista es el momento en que acudió en socorro de un libro en el que tal vez no había pensado nunca en su vida y que estaba muy lejos de haber deseado, por verlo tan solo y abandonado en la plaza pública, así como en los cuentos de *Las Mil y una noches* el príncipe compra una bella esclava para liberarla. Porque para el coleccionista la verdadera libertad de todo libro se encuentra en alguna parte en sus estantes.

Entre las largas hileras de libros franceses aún hoy se destaca en mi biblioteca la *Peau de chagrin*, de Balzac, recuerdo de la subasta más emocionante de la que participé. Fue en 1915, en lo de Emil Hirsch, uno de los mayores expertos en materia de libros y a la vez un comerciante distinguido, donde se subastó la colección Rümann. La edición en cuestión fue publicada en París, Place de la Bourse, en 1838. Ahora que tomo el ejemplar entre mis manos no sólo veo el número de la colección de Rümann sino incluso la etiqueta de la librería, Papeterie I. Flanneau, en la que el primer comprador lo adquirió hace más de 90 años a un precio ochenta veces inferior al actual. Bellas épocas aquellas en que una obra de arte de este tipo –y se trata de una obra de arte, ya que los grabados de este libro fueron diseñados por el mejor dibujante francés y realizados por los mejores grabadores– todavía podía adquirirse en una librería. Pero yo quería contar la historia de su adquisición. Había ido a lo de Emil Hirsch para la presentación, había examinado 40 o 50 volúmenes, pero al tomar éste entre mis manos sentí el deseo ferviente de no tener que desprenderme más de él. Llegó el día de la subasta. La casualidad quiso que en el orden de las ofertas antes de este ejemplar de *Peau de chagrin* se rematara la serie completa de sus ilustraciones en tirada especial de papel de china. Los oferentes estaban sentados a una larga mesa; en diagonal frente a mí se encontraba el hombre sobre quien se posaron todas las miradas cuando salieron a la venta estas ilustraciones: el afamado coleccionista de Munich, el barón de Simolin. Esta serie le interesaba especialmente, tenía competidores, en resumen, se llegó a una ardua lucha, cuyo resultado fue el precio más alto de toda la subasta, superando por lejos los 3000 marcos. Nadie parecía haber esperado un monto tan considerable, se produjo un movimiento de agitación entre los presentes. Emil Hirsch no le concedió importancia y, ya fuera para ganar tiempo, ya fuera por consideraciones de otra índole, pasó al próximo ejemplar en medio de una distracción general. Anunció su precio, yo ofrecí un precio algo superior mientras tenía el corazón en la boca y la clara conciencia de no poder competir con ninguno de los grandes coleccionistas allí presentes. Pero el subastador procedió a la adjudicación sin forzar la atención de la audiencia, pronunciando la fórmula habitual "¿nadie más?" y dando tres golpes de martillo, que me parecieron distanciados entre sí por una eternidad. El importe seguía siendo bastante elevado para mí, que era estudiante. Pero la mañana siguiente en la casa de empeños va más allá del



marco de esta historia y en lugar de ella quisiera referirme a un acontecimiento que constituye, en mi opinión, el negativo de una subasta. Fue en un remate en Berlín, el año pasado. Se remataban una serie de libros muy dispares en cuanto a la calidad y tema, entre los cuales sólo llamaban la atención algunas obras ocultistas y de filosofía natural. Yo oferté por varios libros, pero cada vez que lo hacía notaba a un señor en las primeras hileras que parecía haber estado esperando mi oferta para hacer la suya hasta llegar a sumas increíbles. Después de que esta experiencia se hubiera repetido varias veces, renuncié a toda esperanza de adquirir el libro que más me interesaba ese día. Eran los *Fragmente aus dem Nachlasse eines jungen Physikers*, de Johann Wilhelm Ritter, publicado en 1810 en 2 tomos en Heidelberg. La obra nunca se reeditó, pero el prefacio, en el que el autor describe su propia vida como si se tratara del elogio fúnebre a su "amigo" anónimo supuestamente fallecido, me pareció desde siempre la obra en prosa de inspiración personal más importante del romanticismo alemán. En el momento en que anunciaron el número tuve una idea brillante. Como mi oferta haría caer indefectiblemente el ejemplar en manos del otro, sencillamente no debía presentar ninguna. Me obligué a permanecer mudo. Sucedió lo que había esperado: nadie se interesó por el libro, no hubo ofertas, el libro fue retirado. Me pareció oportuno dejar pasar unos días. De hecho, cuando aparecí una semana después, el libro estaba en la librería de libros usados y la falta de interés de la que había sido objeto me benefició en la compra.

Cuántas cosas surgen de la memoria una vez que uno se zambulló en la montaña de cajones para empezar a sacar los libros como de una mina a cielo abierto o, mejor dicho, de la noche cerrada. La forma más contundente de demostrar la fascinación de esta tarea de desembalar es la dificultad por abandonarla. Había comenzado a mediodía y llegó la medianoche antes de que hubiera llegado a las últimas cajas. Pero en este punto me cayeron a las manos dos volúmenes gastados de cartón que, en realidad, no deberían estar en un cajón de libros; dos álbumes de flores disecadas que mi madre había pegado de pequeña y que yo heredé. Ellos son el germen de una colección de libros infantiles que sigue creciendo hasta el día de hoy, aunque ya no en mi jardín. No existe ninguna biblioteca viva que no albergue en sí una cantidad de libros de campos adyacentes. No necesitan ser herbarios o álbumes familiares, manuscritos ni volúmenes de digestos o libros de oración: algunos guardan con ahínco panfletos o folletos, otros facsímiles de manuscritos o copias a máquina de libros inhallables y sin lugar a dudas los prismáticos bordes de una biblioteca pueden estar constituidos por revistas. Pero para volver a aquellos álbumes, la herencia es en realidad la forma más convincente de formar una colección. Porque la actitud del coleccionista frente a sus libros surge del sentimiento de responsabilidad que liga al propietario con su dominio, siendo, por lo tanto, en el más alto sentido, la actitud del heredero. Por eso, la característica más noble de una colección será siempre la posibilidad de transmitirse por herencia. Al decir esto sé perfectamente, y quiero que ustedes lo sepan, que este discurso acerca del mundo de valores de un coleccionista no hará más que fortalecer a muchos de ustedes en su convicción de que esta pasión es anacrónica y acentuar su desconfianza hacia el coleccionista. Y nada es más ajeno a mis propósitos que hacer tambalear esa convicción o recuperar su confianza. Pero cabría todavía observar lo siguiente: el fenómeno de la colección pierde su sentido cuando pierde su sujeto. Aun cuando las colecciones públicas sean menos chocantes en cuanto a su sentido social y más útiles para la ciencia, son las colecciones privadas las que hacen justicia a los objetos. Por lo demás, sé que está llegando el ocaso para el tipo de coleccionista del que hablo y que he representado para ustedes un tanto *ex officio*. Pero como dice Hegel: el búho de Minerva espera el crepúsculo para levantar vuelo. Sólo cuando se extingue comienza a comprenderse al coleccionista.

Ahora ya ha pasado la medianoche ante la última caja semivacía. Otros pensamientos se apoderan de mí. No son exactamente pensamientos sino imágenes, recuerdos. Recuerdos de las ciudades en las que descubrí tantas cosas: Riga, Nápoles, Munich, Danzig, Moscú, Florencia, Basilea, París, recuerdos de los fastuosos salones de la librería Rosenthal en Munich, de la torre Stockurm en Danzig, donde moraba el difunto Hans Rhaue, del sótano de libros con olor a moho de Sübengut, en Berlín N; recuerdos de los cuartos en los que estuvieron parados estos libros, de mi habitación de estudiante en Munich, de mi pieza en Berna, de la soledad de Iseltwald a orilla del lago de Brienz y finalmente de mi habitación de niño, de la que provienen tan sólo cuatro o cinco libros de los varios miles de volúmenes que comienzan a apilarse a mi alrededor. ¡Felicidad del coleccionista, felicidad del hombre privado! A nadie se investigó tan poco y nadie se sintió tan cómodo como él, que pudo seguir viviendo su existencia desacreditada tras la máscara de Spitzweg. Porque en su interior se radicaron espíritus y geniecillos que hacen que para el coleccionista, me refiero al verdadero, al coleccionista como debe serlo, la propiedad sea la relación más profunda que puede entablarse con los objetos: no es que los objetos despierten a la vida en él, por el contrario, es él mismo quien los habita. De esta forma he desplegado ante ustedes uno de estos caparazones cuyos ladrillos son los libros y ahora el coleccionista desaparece en él como corresponde.

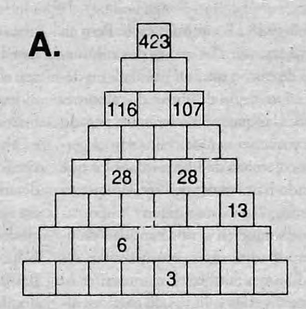
NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *CUADROS DE UN PENSAMIENTO*, POR WALTER BENJAMIN. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE EDICIONES IMAGO MUNDI.

ENCUENTROS MUY CERCANOS

Durante una noche primaveral, cinco damas fueron seducidas por sendos caballeros en concurridos lugares públicos. Descubra qué sedujo a cada dama, en qué lugar y de qué manera el galán tomó la iniciativa para llevar a cabo la conquista.

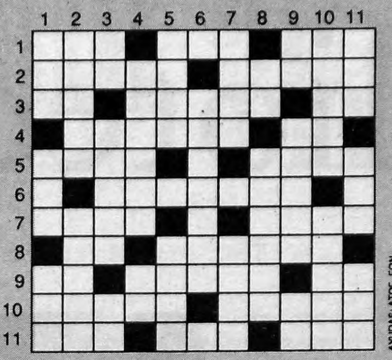
1. Etelvina estaba en el restaurante. No fue seducida por Roberto.
2. Raúl fue al teatro. No fue quien guiñó el ojo.
3. Aníbal sedujo a Susana, no con la guiñada de ojo ni con la conversación.
4. Esteban conquistó a Mariel con un saludo. No fue en la discoteca.
5. Mirtha fue seducida con una cautivante sonrisa. No fue en la discoteca ni en el pub.
6. La que estaba en el teatro pudo ser Claudia o la que fue seducida con saludo.

		DAMA					LUGAR					MANERA				
		Claudia	Etelvina	Mariel	Mirtha	Susana	Cine	Discoteca	Pub	Restaurante	Teatro	Beso	Conversación	Guiñada	Saludo	Sonrisa
CABALLERO	Aníbal															
	Esteban															
	Fernando															
	Raúl															
	Roberto															
MANERA	Beso															
	Conversación															
	Guiñada															
	Saludo															
	Sonrisa															
LUGAR	Cine															
	Discoteca															
	Pub															
	Restaurante															
	Teatro															



CABALLERO	DAMA	LUGAR	MANERA

Crucigrama

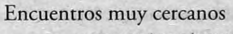


HORIZONTALES

1. Elevé algo tirando de una cuerda./ Desagradable (fem.)./ Mamífero plantígrado (fem.).
2. (Inés) Favorita del rey Carlos VII de Francia./ Antiguos pobladores de Uruguay.
3. Argón./ Ejecutan un instrumento./ Símbolo del calcio.
4. Arneses, recados./ Especie de mamífero perezoso desdentado.
5. Percibir olores./ Remolque la nave.
6. Que no lleva dirección determinada.
7. Solitario./ Se dirigían.
8. (Armando) Cineasta argentino./ Inundar.
9. Forma de pronombre./ Municipio de Brasil, en Paraná./ Iniciales del actor español Arias, protagonista de "Camila".
10. Utilizaba./ Ahuecar.
11. Palo aguzado con que los indios labraban la tierra./ Oxido de calcio./ Consonante.

VERTICALES

1. Aire popular de las Canarias./ Siglas de la Organisation de l'Armée Secrète./ Abreviatura de "sucursal".
2. Del coro./ Gordo, adiposo.
3. Símbolo del erbio./ Túnica sin mangas, abrochada al hombro, en Grecia y Roma./ Río suizo.
4. Del espacio celeste./ Abreviatura de ibídem.
5. Nombre de mujer./ Licor de Oriente.
6. Castigo, pena.
7. Nodrizas./ Alcohol cetílico.
8. Prefijo privativo./ Río de Italia.
9. Sufijo: empleo./ Adobe, ladrillo./ Símbolo del cerio.
10. Persona asociada con otras./ (Arnulfo) Político panameño nacido en 1901, tres veces presidente de su país.
11. Manija, agarradera./ Eternidad./ Removí la tierra con el arado.



Pirámides Numéricas

Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.

A.

423
_ _
116 _ 107
_ _ _ _
_ 28 _ 28 _
_ _ _ _ _ 13
_ _ 6 _ _ _ _
_ _ _ _ 3 _ _ _

B.

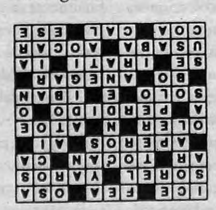
357
_ _
102 _ _
_ _ _ _
_ _ 21 _ _
_ _ _ _ 9 _
_ _ 9 _ _ _ _
_ 0 _ _ 2 _ 7 _

C.

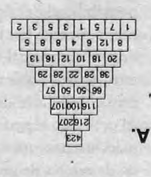
_
_ 264
93 _ _
_ _ 64 _
33 _ _ _ _
_ _ 8 _ 24 _
15 _ _ _ _ _ _
_ _ _ 2 _ _ _ _

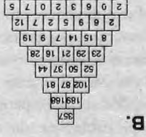
Soluciones

Crucigrama



Pirámides Numéricas





A. B. C.

Encuentros muy cercanos

Aníbal, Susana, discoteca, beso.
Esteban, Mariel, pub, saludo.
Fernando, Etelvina, restaurante, guiñada.
Raúl, Claudia, teatro, conversación.
Roberto, Mirtha, cine, sonrisa.